

Capítulo 8 - La tierra de caminos rotos

La tierra gritaba mientras el viento rugiente lo desgarraba desde la copa de los árboles y lo lanzaba hacia lo alto. Giró para ver el suelo, pero la corriente constante de aire era tan feroz que brutalizaba sus ojos y los obligaba a cerrar.

Sin poder ver, tocó la aceleración, que reconocía por los saltos de Socks miles de veces, pero no había pelaje con qué aferrarse. Nada más que una poderosa almohadilla de viento y aire vacío.

La tierra entró en pánico cuando su peor pesadilla se hizo realidad. Iba a ser lanzado a lo que fuera que formara el cielo y a caer hacia arriba para siempre. El suelo debajo de él se desvanecería en la nada, como si fuera el Vacío otra vez, solo que esta vez moriría de hambre y su cuerpo nunca volvería a bajar.

Fortaleció sus ojos con maná e intentó mantenerlos abiertos. El maná los protegía del daño, pero la ferocidad del viento los distorsionaba, haciendo que se enrojecieran y lloraran de manera tan terrible que solo podía ver un difuso campo de verde abajo, y un azul sin rasgos arriba. Ni siquiera podía determinar la altura a la que se encontraba, pues no lograba enfocar la vista en nada.

El viento tampoco lo llevaba en un vuelo suave. Lo zarandeaba como una hoja, primero en una dirección y luego en otra, volteándolo y haciendo que girara antes de soltarse de repente a caer ciento de pasos, para luego impulsarlo en una dirección distinta. Cada vez que lo dejaba caer, Dirt estaba seguro de que esa era la última vez y que iba a terminar en el suelo.

Dirt quería gritar, pero si abría la boca hacia el viento el aire entraba con tanta fuerza que estaba seguro de haber tragado algo. El rugido del aire en sus oídos era tan ensordecedor que no escuchaba ningún grito. Intentó calmarse y volver su vista hacia su cuerpo de maná, pero el físico estaba tan descompuesto que le era imposible concentrarse.

El viento avanzaba alegremente, divirtiéndose con él como un niño que pateaba una pelota. Lo elevaba de nuevo, en línea recta, más alto que las nubes de tormenta o los pájaros. Al menos eso parecía. No había sido caluroso en verano al principio, y pronto comenzó a hacerse mucho más frío, lo cual lo sorprendió. Pensó que donde estaba el sol sería más cálido.

El viento lo elevaba cada vez más alto, y luego más allá, y el aire que lo agitaba lentamente se desvaneció en la nada, dejándolo flotando por un instante breve. Volvió a ver con claridad y se encontró sorprendentemente alto sobre los árboles. El aire era helado, le mordía los dedos de las manos y de los pies, y quemaba sus fosas nasales. Tuvo tiempo justo para preguntarse si los árboles se mantenían calientes todo el año antes de comenzar a caer otra vez. El rugido volvió a

llenar sus oídos, y el viento apretó sus ojos cerrados.

Dirt observó con la vista mental, ya que eso requería menos concentración, y encontró que la mente del elemental ya no permanecía cerca de él con tanta frecuencia, sino que prefería recorrer las grandes distancias que cubría en su vastedad, regresando su atención solo brevemente para verificar su estado. Se vio a sí mismo en su percepción, como un pequeño punto en un espacio libre de obstáculos o restricciones. Vio cómo en su mente se formaban pensamientos en forma de magia mientras intentaba comunicarse con él, pero no pudo responder, y ella desapareció de nuevo.

Se dio la vuelta nuevamente, extendió los brazos y la fuerza del viento se multiplicó, impulsándolo hacia arriba, manteniéndolo fuera del alcance de los árboles y de una caída casi segura hacia la muerte.

A pesar del pánico que inundaba sus venas, a medida que el impacto inicial desaparecía, pudo ordenar sus pensamientos. Intuyó qué había ocurrido. Le había dicho “libertad sin ataduras” de una manera que le hizo pensar que eso era lo que quería, y hasta que él indicara lo contrario, ella podría seguir lanzándolo de un lado a otro. ¿Y ahora qué? ¿Qué conjuros mágicos para “detenerse” podía recordar y reproducir? Y, ¿cuál era la probabilidad de que simplemente lo hicieran caer desde esa gran altura, hasta la tierra negra bajo los árboles? Si tenía suerte y no golpeaba alguna rama en la caída. Quizá los árboles lo atraparan, pero no podía estar seguro.

Siguió con los ojos cerrados, mirando solo con la vista mental para evaluar sus intenciones, pero no encontró planes en la inmensidad de su mente. Todos sus pensamientos eran o simples observaciones de formas, sonidos o lo que fuera que encontrara, o magia. Toda su mente y su mundo eran magia, y seguía siendo algo fuera de su alcance.

—¿Hola? — gritó en voz alta, y la palabra solo produjo la más pequeña ondulación en su conciencia. Pareció convertirse en parte de su memoria sin tocar nunca su conciencia.

Aunque ahora que había tenido un momento para calmarse, ¿realmente era tan malo? Sí, lo era, decidió. Podría ser tolerable si pudiera ver, pero el viento no podía llevarlo tan fácilmente como un cachorro. Tenía que soplar con más fuerza de lo que imaginaba solo para mantenerlo en el aire.

Colocó ambas manos sobre sus ojos, tratando de bloquear parte del viento. Funcionó, pero solo parcialmente; tuvo que mantener los dedos muy juntos porque una pequeña grieta convertía el aire en una daga. Pero si hacía eso y reforzaba sus ojos con maná, finalmente pudo ver. El frío le hacía lagrimear los ojos terriblemente, sin importar cuánto parpadeaba, y el viento les llegaba sin importar dónde colocara las manos, pero ahora podía ver.

Eso no calmó su terror. El viento lo llevaba hacia el borde del bosque, y su corazón se hundió. Nada podría atraparlo ahora si el viento lo soltaba.

Abajo, yacía la vasta pradera que había atravesado a principios del verano, y desde esa altura, el río dibujaba una línea larga y curva a través del paisaje. Y allí, la cuenca. Estaba mucho más cerca de lo que esperaba, al menos desde esa perspectiva. No es de extrañar que su padre creyera que era capaz de volver por sí mismo.

Las praderas ocultaban otras ruinas que nunca había conocido. Ahora solo formas, quizás muros y caminos. Algunas piedras aún en pie, probablemente demasiado cortas para distinguirlas entre toda esa hierba alta. Y, de cualquier modo, eso sería asunto de otro momento. Necesitaba aterrizar en un lugar más seguro.

Hasta ahora, el viento no mostraba señales de dejarlo caer. Estaba tan congelado que le dolían los huesos en lugares donde apenas había carne, como en las manos. Las flexionó, pero se estaban poniendo rígidas. Igual que los pies.

Se le ocurrió que quizá realmente moriría congelado. El centro del cielo no era lugar para un humano. Ninguna brasa cálida le ayudaría aquí. Quizá debería haberse vestido para comenzar el día, pero ¿cómo pudo esperar algo así? Es probable que los árboles tampoco lo hubieran previsto, o le habrían avisado.

Si lograba sobrevivir a la caída con todos sus huesos intactos, volver al bosque sería solo una carrera corta, ahora que podía correr con maná. Entonces, ¿cuánto confortaría la hierba su caída? Sabía por experiencia con Socks que existe un límite a la cantidad de daño que puede evitar.

La Tierra cerró nuevamente sus ojos y se concentró en su cuerpo de maná. Solo la desesperación le ayudaba a encontrar la calma necesaria. Estaba bajo una amenaza genuina de muerte, pero no era la primera vez. Había mantenido la cabeza fría frente a la Madre y al Padre de los Lobos. Ahora podía disciplinarse a sí misma.

Logró que su mente alcanzara la calma y la claridad, aunque el resto de su cuerpo se negaba a hacerlo, pero era suficiente. Era hora de decirle que la dejara bajarlo. Tendría que hacer lo mejor posible con los sellos que conocía, ¿cuáles usaría? Los dos más útiles eran ‘disminución’, que el manual incluía como parte de un hechizo para fuego simple, asegurándose de que no se descontrolara, y ‘terminación al final de un proceso’, que era parte de un hechizo para levantar objetos pesados. Podía trabajar con eso.

La Tierra observaba la mente del elemental y esperó hasta que ella volvió a dirigir su atención hacia él. La vio hablar en el mundo de la magia, dibujando sellos complejos que manifestaban la realidad. Era tan fácil para ella como mover los dedos de los pies.

Le envió una imagen mental de gratitud, solo la sensación de calidez y aprecio, para asegurarse de que tuviera su atención. Cuando estuvo segura de ello, dibujó los signos con la mayor precisión posible. Conectó ‘disminución’, con el signo simple de ‘viento’, y los cerró ambos con ‘terminando al concluir un proceso’.

Una vez que dibujó estos, solo para asegurarse de que ella captara la idea, le envió una imagen mental de sí mismo como ese pequeño punto en el cielo descendiendo lentamente. ‘Disminución’, repitió. Su corazón le suplicaba que entendiera y no simplemente lo soltara.

Ella dibujó otro signo sobre el suyo, uno nuevo que le hizo recordar hasta que reconoció como ‘lentamente’. Correcto. Hasta Avitus había conocido esa señal. La replicó con ella. ‘Lentamente’.

Luego, en preparación ante una falla catastrófica, llenó su interior de maná y reforzó tanto como pudo sus sentidos internos y externos. Volvió a colocar las manos frente a sus ojos para distinguir mejor el suelo.

Gracias a la Gracia, el elemental no lo soltó. En lugar de ello, simplemente no lo levantó tan alto en el próximo rebote. Descendió lentamente, aunque aún avanzando a gran velocidad. Ella lo arrastraba en la dirección en que iba, sin lanzarlo juguetonamente, solo con la fuerza necesaria para mantenerlo en balance, bajando cada vez más.

cruzaron el río y La Tierra observaba con creciente preocupación cómo los árboles se hacían más pequeños en la distancia. Cuanto más se alejaban del bosque, más rápido soplaba el viento a nivel del suelo. Cuando solo estaban a unos cuantos pasos por encima, vio cómo presionaba la hierba formando grandes olas que se extendían más allá de su vista.

Su mente permanecía más cerca de él ahora y ella intentaba comunicarse en palabras de magia que apenas lograba entender. Su piel congelada apenas le permitía sentir esas palabras, una sensación sobreponiéndose a la otra. Cuando no respondía, ella cambiaba de tema, generalmente demasiado rápido para que pudiera captar toda la idea anterior.

La Tierra le envió una muestra mental de gratitud, incapaz de concentrarse en algo más. Cada vez estaba más cerca de tocar el suelo. En cualquier momento, el viento lo soltaría y caería, golpeando el suelo moviéndose tan rápido como Socks podía correr. Tendría que rodar y controlarlo lo mejor posible.

Se alegraba de que hubieran pasado las llanuras en lugar del bosque, porque a esa velocidad, si chocaba contra un árbol, no quedaría más que un manchado sangriento en la corteza. Se inclinaba cada vez más hacia abajo, observando cómo se acercaba la hierba a toda prisa. No estaba seguro si Socks alguna vez había corrido a semejante velocidad. Esto probablemente iba a doler.

La tierra se deslicaba bajo la influencia del viento y caía. Los mechones en la cima de la hierba le azotaban con dolor, y apenas un poco más abajo, chocó contra los tallos y rebotó hacia el aire como una piedra. La segunda vez que descendió, se estrelló, dejando un rastro de hierba dañada y mecida de veinte pasos de largo.

Yacía unos momentos, aturdido, sintiendo cómo la energía mágica chisporroteaba en su piel. Sus extremidades estaban entumecidas por el frío y todo lo demás le punzaba, pero levantó las manos y parecían estar en buen estado. Flexionó los dedos, que estaban rígidos, pero se movían. Ajustó sus piernas y no sintió nada roto.

La tierra se sonrió mientras el terror líquido en su sangre se filtraba por sus poros. ¡Gracias a la Gracia, estaba vivo! Y en una pieza. Se relajó sobre el suelo como un charco y esperó a que el alivio en su alma llegara a su cuerpo mientras jadeaba, con el corazón golpeando contra su esternón.

¡Qué insano había sido aquello! Necesitaba encontrar una forma de encontrarse con nuevas criaturas que no implicaran peligro mortal. Con un chasquido de sus dedos, convocó cuatro luces, las transformó en brasas y se acurrucó para que le diesen calor como a una masa de masa de pan.

Vigiló por la mente del elemental, esperando su regreso, pero ella nunca volvió. Detectó algunos pequeños, lejanos, que podrían haber sido sus crías, pero nunca se acercaron. Una brisa suave movía lentamente la hierba, haciendo que sus mechones secos se ondularan de un lado a otro. Sintió los efectos de ese movimiento en su cuerpo, una especie de mareo fantasmal que lo atravesaba mientras imaginaba que se desplazaba veloz por aquí y por allá.

Afortunadamente, sus dedos y dedos de los pies parecían estar en buen estado después de calentarse nuevamente, aunque su rostro se sentía algo quemado por el sol, junto con varias otras manchas en sus costados. Todo él se sentía crudo, y ansiaba comida y agua. Se levantó, saltando lo suficiente para ver dónde estaba el bosque; no era difícil de localizar. Sin duda, no estaba cerca, aunque mucho más lejos que la cuenca, hace mucho tiempo.

La tierra se extendía delante de él. La última vez tardó más de un día en regresar, pero esta vez no. No después de correr con un lobo. Y tras lo que acababa de sobrevivir, la tarea le parecía mucho más agradable en comparación.

Inhaló mana, lo alimentó a sus piernas y corrió con un brazo extendido hacia adelante para que el viento no le azotara la cara. Fue cada vez más rápido, más que lo estrictamente recomendable sin visibilidad, y comprendió que aún no había terminado de tener miedo. Ese vuelo había sido aterrador. Deseaba que Socks estuviera cerca, porque unas lamidas y un pelaje cálido en el que acurrucarse seguramente aliviarían su ansiedad.

Principalmente, Dirt quería volver a un lugar donde pudiera descansar y sentirse verdaderamente seguro. Anhelaba la presencia tranquilizadora de las dríadas mientras se recuperaba. Se detuvo a comprobarlo, y seguía en la dirección correcta. Llegaría pronto, así que desaceleró, en parte para obligar a su mente a dejar ir un poco más ese miedo persistente.

De hecho, ahora que lo pensaba, lo peor había ocurrido y había sobrevivido. Si ella lo hacía de nuevo, él también podría sobrevivir otra vez. Ya no tenía nada de qué temer. Solo mejoraría desde aquí hasta, con suerte, que ella llegara a ser tan amiga suya como los árboles o los lobos.

¿Existían otros tipos de elementales? ¿De piedra, agua, fuego o relámpago? ¿Cuántas clases había? Y ¿qué tan mala idea era intentar comunicarse con ellos? Aire no parecía tan peligroso, pero mira lo que le había ocurrido a él.

Sin saber cuánto tiempo quedaba para regresar con Socks, necesitaba aprovechar al máximo cada momento. Quería leer más, y seguir practicando la comunicación con los elementales. También sería prudente empezar a organizar ese tesoro, y le apetecía preguntar a las dríadas cómo habían confeccionado la tela que usaban, para poder imitarla; todos sus intentos anteriores habían fracasado. Callius había prometido hacer una demostración, así que quizás debería realizarse pronto.

¿Y qué más deseaba hacer? Tal vez lo más importante era aprender cómo había destruido el mundo. Las dríadas habían mencionado que había una especie de piel cubierta en todo el mundo del Derecho, y que esta había sido dañada. En medio de toda aquella vasta y antigua escritura, quizás hubiese pistas sobre el asunto. Prisca podría tener escritos acerca de lo sucedido, si lograba encontrarlos. Incluso quizás hallara sus propios escritos, entre aquel caos que era la biblioteca.

Al llegar al río, dio un salto inmediato pensando que sería refrescante, pero pronto se arrepintió. El agua fría sorprendió su organismo con tal fuerza que temió ahogarse. Sin embargo, sus extremidades agitadas lo llevaron a la orilla, donde se arrojó sobre el barro helado y se levantó rápidamente. Allí, permaneció temblando, intentando secarse la ropa con las manos.

¡Eso no era justo en absoluto! ¿Quién podía imaginar que el agua pudiera cambiar de temperatura así? Se suponía que debía estar caliente, y disponía de toda una experiencia veraniega para comprobarlo. Cuando por fin dejó de temblar, se arrodilló con cuidado en la orilla y utilizó sus manos en forma de copa para beber, sin atreverse a sumergir la cara, como solía hacer.

Hizo una pausa, escudriñando el entorno en busca de mentes, atento a cualquier cosa fuera de lo común. Era un río grande, ¿podría tener su propio elemental? Encontró muchas ratas, y un vasto mar de mentes de hierba. Algunos insectos cercanos, lo suficientemente próximos para ver sus diminutas puntas de luz. Algunas criaturas extrañas, que tardó en reconocer como peces, nadando allá abajo en el río. Pero no encontró elementales. Nada grande o complejo. Tampoco goblins.

Dirt se levantó y dio un salto largo atravesando el río, fortaleciendo sus piernas con mana. Casi no logró cruzar, pues el barro le dificultaba el avance un poco.

Apenas pisó la orilla opuesta y retomó la carrera, sintió cómo le arrebataban con raíces conjuradas, tratando de detenerlo, hasta que el brillante campo otoñal fue reemplazado por los verdes sombríos y la escasa iluminación del suelo del bosque. Veinte rostros de dríadas lo rodearon, todas ansiosas.

—Hola a todos. De alguna manera, estoy bien —dijo.

Revisión #1

Creado 3 mayo 2026 06:43:32 por Diana Prince

Actualizado 3 mayo 2026 06:43:35 por Diana Prince